

## Lo traumático en la contratransferencia del psicoanalista de niños

**Raúl Levín\***

*Un estruendo: la  
verdad misma  
hace acto de presencia.  
entre los hombres,  
en pleno  
torbellino de metáforas.*

Paul Celan

Cuando en *Más allá del principio del placer* (1920) Freud indaga acerca de lo que denominará instinto de muerte, parte de la exposición de fenómenos de alguna manera relacionados con la clínica psicoanalítica: los sueños traumáticos, el juego infantil y la transferencia, destacando más lo referido a la repetición en sí misma que lo relativo a los contenidos presentes en dichos fenómenos.

La acepción del lugar en que Freud ubica la reiteración de lo "más allá" de la ligadura de cargas libres no está relacionado tanto con un punto de vista espacial o topológico (como ambiguamente la denominación "más allá" podría sugerir), sino que más bien aparece referido al concepto de "lo originario" y aun más directamente a una caracterización de lo que sería un modo de funcionamiento propio de la mente infantil.

---

\* [levinraul@fibertel.com.ar](mailto:levinraul@fibertel.com.ar) / [CV](#)

A lo largo del texto hay continuas alusiones a lo traumático como previo e independiente de la participación del principio de placer-realidad. En todo caso, la dificultad teórica más destacada, y que en el artículo quedará como interrogante, será cómo articular estos dos modos de funcionamiento de la mente.

Podemos decir, desde este enfoque, que la mente del niño pequeño opera de una manera predominantemente traumática, aunque este funcionamiento tiende a ser mitigado sobre todo mediante la metáfora edípica que proporciona la cultura.

Ofertado a través de la familia primero, en otro momento incorporado a partir de identificaciones (y consecuente constitución del inconsciente y estratificación del aparato psíquico), el Complejo de Edipo es la estructura metafórica alrededor de la cual se constituirán otras, que en conjunto ordenarán las cargas libres que circulan a la manera de la repetición.

Ante lo traumático, la situación del analista es difícil. Tendrá sobre sí el efecto de las cargas libres en circulación, y como esto solamente puede ser soportado, tenderá a veces a preservarse en su integridad mental, componiendo respuestas metafóricas engañosas, por ejemplo interpretaciones que en tanto tales no pueden ser aún suscriptas desde la insistencia repetitiva pulsional del paciente. Estas intervenciones del analista serían una forma de crear una protección antiestímulo frente al riesgo de que su propia contratransferencia quede librada a una mera y estéril compulsión a la repetición.

La exposición del analista a la compulsión a la repetición sería aún mayor cuando se trata del análisis de un niño. El juego propiamente infantil –y en ese sentido Freud lo toma como paradigma– incluye una importante (aunque variable) participación de lo traumático, siendo a la vez una de las manifestaciones más jerarquizadas por el psicoanálisis como vía de acceso a la mente del niño.

El instinto de muerte no se exteriorizará de una forma “pura”. Se mostrará mediante su combinación con Eros, que de alguna manera introducirá “un rodeo” en su trayecto hacia un fin que de todos modos será inexorable: la vuelta a un estado anterior.

Pero, si aun en tanto enlazado con una pulsión placentera lo traumático categoriza lo que define el funcionamiento infantil, pienso que interesa detenerse en el estudio de algunos de sus efectos posibles en la contratransferencia del analista.

Con ese fin, vamos a presentar brevemente fragmentos del análisis de una nena de cuatro años, para luego ofrecer algunas reflexiones sobre la problemática planteada.

### Gabriela y su llanto

Si bien –como vimos– el juego del niño puede ser tomado como modelo del funcionamiento traumático propio de la infancia, no es la única manifestación que exterioriza la compulsión a la repetición.

En el caso de Gabriela, por ejemplo, podemos centrarnos en otra, en la que pensamos que el efecto de Tánatos se muestra más depurado que en el juego, y que significativamente ha ocupado poco lugar en la literatura psicoanalítica. Me refiero al llanto, y más precisamente, como se verá, a una forma particular del llanto.

Gabriela comenzó su análisis hace poco, debido a su excesiva preocupación por el orden, intentos despóticos de manejar las situaciones y un exagerado sentido de la propiedad. Con sus juguetes, en su casa, no jugaba: los guardaba en bolsitas y no permitía que nadie alterara el orden que había impuesto. “Lleva un control tal”, decía la madre, “que sabe lo que tiene en cada lugar”. No invitaba amigos para que no le desordenaran sus cosas. Al cambiarle algo de lugar, “se desespera, se angustia”. A veces se la veía desorganizada y excesivamente ansiosa. No tenía control nocturno de esfínter vesical y había padecido algunos episodios de espasmo bronquial.

En las primeras sesiones, Gabriela desplegó una actividad inusitada, haciendo un uso del material de juego que parecía el opuesto al que los padres describían como el controlado orden de los juguetes en su casa. Sacaba todos los elementos del cajón de juegos, y en forma a veces indiscriminada y a un ritmo vertiginoso podía romperlos, tirarlos a la basura o cortarlos en pedacitos. Tenía predilección por cortar con la tijera las cajas de cartón en que venían guardados algunos juguetes o materiales de dibujo.

Si el juego tomaba alguna dirección, pronto era interrumpido por algo que no parecía tener que ver con lo que hacía. Entonces buscaba otros juguetes, en general para ejercer alguna forma de violencia sobre ellos.

En algunas ocasiones, intentaba armar un juego más estructurado. Con unos muñequitos escenificaba situaciones de nenes y maestra o nenes y madre, pero al poco tiempo terminaban con algún accidente: los nenes eran despedidos de una calesita que giraba alocada o caían de arriba de la mesa. En ese punto el juego se interrumpía.

Otras veces intentaba introducirse en el cajón de juguetes, que a la sazón había sido vaciado de buena parte de su contenido.

Las sesiones parecían así, en una primera aproximación, como erráticas y desorganizadas. De ello podía ilustrar, como imagen, el estado en que quedaba el consultorio.

Sin embargo, de lo que parecía caótico y disperso yo podía entresacar que había algo que se repetía y sostenía, relacionado con ataques sádicos a los contenidos maternos, que eran hasta tal punto extremos en su fantasía que, terminada cada secuencia, no había elaboración posible, salvo volver al comienzo y así sucesivamente.

Al principio del análisis, y a pedido de Gabriela, la madre se quedaba con ella en el consultorio. Se estableció, sin embargo, que cuando la trajera otra persona iba a entrar sola. Así ocurrió algunas veces, y esto no derivó en un cambio importante en cuanto al clima y contenido de la sesión.

En una oportunidad, la madre, quizá sobrepasada por la agresividad que se desprendía del juego de Gabriela, abruptamente anunció que no iba a entrar más.

Desde la siguiente sesión, Gabriela empezó a llorar. A veces entraba espontáneamente, pero lo más frecuente era que yo la levantara en brazos desprendiéndola de la madre u otra persona que la traía. Pero el llanto era en cierto modo independiente del procedimiento por el que había entrado. Podía durar algunos minutos o toda la sesión.

Era un llanto monótono, estereotipado, monocorde, que no transmitía ninguna emoción en particular. Parecía como algo maquinal que se ponía en funcionamiento y que arbitrariamente podía cesar. No había lágrimas, y si bien por lo general Gabriela se quedaba cerca de la puerta, no hacía ningún intento de abrirla ni de moverse en su dirección. Yo trataba de hablarle, de interpretarla reuniendo datos de pequeños supuestos indicios o elementos de sesiones anteriores en las que había jugado. Experimentaba sentimientos relacionados con mi desconcierto e ignorancia. Se incrementaban más aun cuando el llanto de pronto cedía, porque tampoco podía articular esa interrupción con mis intervenciones ni con otros datos de la sesión.

El llanto parecía más allá de mí, de la sesión y de Gabriela misma. Mi incomodidad contratransferencial (que incluía una buena dosis de desesperanza) era mayor en la medida en que me daba cuenta de que yo me repetía en lo que decía, estereotipándome en resonancia con su forma de llorar.

Pasadas bajo estas circunstancias algunas sesiones, en una oportunidad, al dejarla en la puerta del consultorio –Gabriela venía alegre, dispuesta a entrar– la madre me comentó que habían ido a ver la obra de teatro *Popeye*. Una vez adentro, Gabriela me hizo algunos comentarios sobre el argumento. Hablamos mucho. Yo sentía un creciente alivio. Claro, ahora se entendía, yo por momentos era Popeye que la rescataba, otros era Brutus

que la obligaba a entrar en un lugar cargado de peligros; bebés atacados, la retaliación... La escena se armaba... Olivia tironeada ahora por dos hombres, "el bruto" y "el salvador"... la histeria... Pensaba en ese momento que el análisis por fin se encarrilaba. Gabriela aportaba detalles y rectificaba algunas de mis intervenciones. Cuando terminó la sesión me quedé con la impresión de que me había embarcado en una línea que llevaría a alguna resolución de la problemática de mi paciente. ¿Una sesión perfecta?

A la sesión siguiente Gabriela volvió a llorar, como si la anterior no hubiera existido. Por supuesto mi incomodidad ante el llanto sobrevino nuevamente, pero ahora sabía algo más. Sabía, al menos, que ese material que se me había ofrecido, como en bandeja, con connotaciones tan obviamente edípicas, aun cuando me había parecido fascinante y me había permitido estructurar aparentes adecuadas intervenciones, era en realidad independiente del llanto traumático de Gabriela.

Algún tiempo después, llegó una vez al consultorio tan aferrada con los brazos y las piernas a la madre que se hizo muy difícil desprenderla. "Es una garrapata", dijo la mamá.

Ya en sesión, surgió otro personaje, "Garrapatus", que estaba tan agarrado que cuando lo separaban dañaba a aquel de quien estaba prendido. La preocupación de Gabriela era entonces por el objeto, al que se aferraba posesivamente y era a la vez blanco de su sadismo. El desprendimiento no podía ser sin desgarrar. La madre, al haberse retirado de las sesiones, había respondido al juego de Gabriela como si los ataques fueran reales. El sadismo confirmaba su destructividad, aniquilando la relación hija-madre.

Había algo en la madre que no le permitía contribuir al procesamiento de las cargas tanáticas de Gabriela, que quedaba entonces expuesta a ellas sin posibilidad de elaboración. Encontraba en la madre una réplica que reflejaba tal cual en la realidad los efectos de sus fantasías.

Decidí entonces terminar cada sesión llevando a Gabriela hasta el lugar en el que la esperaba la madre, y estar con las dos algunos minutos –generalmente Gabriela permanecía con la cabeza entre las piernas de su mamá, como queriendo meterse en ella– durante los cuales yo hacía una breve reseña acerca de lo que había ocurrido en el consultorio.

Poco después, en forma espontánea, la madre volvió a incluirse en las sesiones, y se inició un nuevo período, con otra posibilidad de trabajo analítico, en el que estamos al tiempo que escribo estas líneas.

### Clínica de lo "más allá"

En esta breve reseña de algunas secuencias del análisis de Gabriela, he intentado centrarme en lo que me interesaba ilustrar, relacionado con los efectos en la contratransferencia derivados de las manifestaciones de la compulsión a la repetición.

El llanto de mi paciente –ese particular llanto– me sumía en un estado de inercia y malestar del que no encontraba forma de salir a través de intervenciones psicoanalíticas. Es más: progresivamente experimentaba un sentimiento de estar acorralado dentro de una estereotipia muy semejante a la que resultaba de la misma modalidad reiterativa del llanto. En más de una ocasión se me ocurrieron posibles variaciones técnicas a introducir en la sesión, pero su fundamentación estaba más relacionada a lo intolerable del lugar analítico en el que yo estaba ubicado que a una verdadera solución al problema.

Había una suerte de invocación a mis propios mecanismos repetitivos por parte de los de Gabriela –recordemos que, al igual que la transferencia, también la contratransferencia es compulsión a la repetición– que me llevaban a la búsqueda de una forma de preservarme a través de la posibilidad de acceder, por encima del funcionamiento traumático, al principio de placer-realidad.

Cuando se me ofreció el material sobre Popeye, me aferré a él, como si este marinero se hubiera presentado para arrojarme un salvavidas –la trama edípica– que me rescataría de la penosa insistencia repetitiva que padecía en la contratransferencia. Fue así que me entregué a la ilusión –después me daría cuenta de que era tal– de que ese transcurrir en lo traumático había quedado atrás.

Pienso que lo que importa recalcar de esa sesión no está relacionado tanto con la oportunidad y pertinencia de mis intervenciones (que podrían ser objeto de otra discusión), sino más bien con la posibilidad de evaluar, a través de ellas, la poderosa influencia de la compulsión a la repetición sobre la transferencia-contratransferencia, que fue de suficiente magnitud en este caso como para llevarme a un estado ilusorio, en un intento de librarme de sus efectos.

A partir de que el llanto se reiteró en la siguiente sesión, pude reubicarme en una posición psicoanalítica desde la cual fue posible diagnosticar y atender el funcionamiento traumático de Gabriela sin verme involucrado en él.

El hecho de que luego la madre aportara el significante "garrapatas" me permitió situarla en una lectura retrospectiva del proceso analítico. Al haberse retirado intempestivamente de las sesiones, manifestaba que lo traumático de Gabriela era también

trauma de ella. Y yo pasaba a ser transferencialmente la madre, no solamente porque respondía traumáticamente al trauma, sino porque además en esa respuesta había un quitarme de mi lugar analítico de la misma manera que la madre lo hacía del suyo. Ambas, madre e hija, estaban implicadas en un mismo trauma, y esto yo lo había experimentado en la contratransferencia.

Podía inferir, pues, que ese escamoteo de la presencia de un objeto que concurriera a la elaboración de las cargas tanáticas estaba relacionado con alguna situación traumática histórica que repicaba generacionalmente de madre a hija, así como también en el proceso analítico.

### **Comentario**

Es muy difícil transmitir experiencias relacionadas con la compulsión a la repetición porque al hacerlo nos referimos, precisamente, a aquello que no podemos nominar.

Elegí presentar un testimonio clínico en el que lo traumático se ofrece más depurado que –por ejemplo– en el juego, para poder en alguna medida asegurar que son sus efectos los que se manifiestan en fenómenos determinados de la transferencia-contratransferencia.

La impronta traumática del juego nos pasa muchas veces inadvertida, ya que puede parecer encubierta por su entrelazamiento con lo libidinal. Tendemos entonces a ocuparnos de Eros.

Sin embargo, aun cuando el carácter pulsional repetitivo del juego pueda parecer mudo, no lo es si tomamos en cuenta sus efectos. Muchas situaciones de repetición y desligadura provocan un profundo malestar contratransferencial y apremian al analista a buscar prematuramente una salida que le permita suponer posible la significación desde el principio de placer-realidad.

Quizá nos sea difícil admitir que un funcionamiento autónomo del orden de lo demoníaco forme parte de la condición infantil. Pero ignorarlo no solamente no inhibe su repercusión en la transferencia-contratransferencia, sino que además puede perturbar hasta lo irreversible el decurso del proceso analítico.